

El acompañamiento eclesial del proceso de la conversión

Carlos Aguilar Grande
UNIVERSIDAD SAN DÁMASO
MADRID

RESUMEN Aunque todavía para muchos fieles cristianos lo de *convertirse, salvarse y santificarse* sean cosas que se plantean de forma muy individualista, en realidad se trata de procesos que tan solo se pueden vivir eclesialmente. Dotada como está por su Fundador de los medios adecuados para cumplir con la misión que le ha sido confiada en orden a la salvación, como una buena madre, la Iglesia sabe criar a sus hijos y ofrecerles los alimentos de los que son capaces, según el momento de su proceso en el camino de la conversión.

PALABRAS CLAVE Conversión, Iniciación cristiana, escrutinios, fieles cristianos, pastoral.

SUMMARY *Even today many Christian faithful hold that convert, save and sanctify yourself are to be taken in a highly individualistic way. Really, the process can only be lived with and within the Church gifted by its Founder with adequate means to carry out its mission received in Salvation History. As a good Mother the Church knows how to raise its children and give them the food they can take at the proper and precise moments during the conversion journey.*

KEYWORDS *Conversion, Christian initiation, Discernment, Christian faithful, Pastoral.*

Si nadie nace a la fe por generación espontánea sino en virtud de la mediación de la Iglesia, que es realmente madre de todos los creyentes en Cristo, a los que ha engendrado por la fe y los sacramentos¹; tampoco nadie puede crecer en la fe y avanzar en el camino de la conversión por sí solo,

1 El papa Francisco en su encíclica *Lumen fidei* nos ha dicho: “nadie se bautiza a sí mismo, igual que nadie nace por su cuenta” (LF 41). Y en la audiencia del 11 de septiembre de 2013 hacía el siguiente comentario: “No nos hacemos cristianos en un laboratorio; no nos hacemos cristianos nosotros solos y con nuestras fuerzas, sino que la fe es un regalo, es un don de Dios que nos es dado en la Iglesia y a través de la Iglesia” [*Ecclesia* 3693 (2013) 1394].

sino sostenido por la fe de los otros hermanos, por la fe de la Iglesia (cf. CCE 166).

Sin embargo, el problema es que, en la práctica, lo de *convertirse*, *salvarse* y *santificarse* muchos fieles cristianos lo siguen concibiendo de una manera muy individualista y aislada², como si fuera una responsabilidad personal e intransferible, una cuestión entre el sujeto y Dios que tiene lugar en la intimidad de la conciencia³. Dentro de este planteamiento, la Iglesia aparece como mera receptora, sujeto paciente del trabajo y esfuerzo —o de la falta de él— de cada uno de sus miembros.

Es necesario y urgente corregir planteamientos así porque chocan de bruces con el designio amoroso y eterno de Dios, que no ha pensado ni la creación ni la humanidad como suma de individualidades autónomas, sino como un cuerpo en el que cada miembro, teniendo su singularidad propia, no vive solo para sí, sino para la edificación mutua; y donde cada individuo existe y subsiste en la medida en que está en comunión y en relación con todo el cuerpo. Pues es el cuerpo quien da vida y sentido, y es la razón de ser de cada uno de los miembros o de los individuos que lo forman⁴. Con razón la Constitución dogmática sobre la Iglesia del concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, comenzó el segundo de sus capítulos, dedicado al Pueblo de Dios diciendo lo siguiente:

En todo tiempo y lugar ha sido grato a Dios el que le teme y practica la justicia (cf. Hch 10,35). Sin embargo, quiso Dios santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí,

2 Cf. JUAN DE DIOS MARTÍN VELASCO, *Ser cristiano en una cultura postmoderna* (Madrid 2^a1997) 54. PEDRO JOSÉ GÓMEZ SERRANO denuncia que actualmente “padecemos una «crisis de Evangelio» en el sentido de que la concepción de la vida que la entiende como ocasión de entrega amorosa y liberadora a los demás —y que constituye el núcleo de la propuesta de Jesús—, ha quedado sustituida por el horizonte del individualismo posesivo” (“La Nueva Evangelización y el atrio de los gentiles”: *Catequética* 53 [2012] 362-374, aquí 363). Y XAVI CASANOVAS COMBALIA y NANI VALL-LLOSERÀ MOLL DE ALBA hablan de que “uno de nuestros errores es concebir la vida como una carrera para la autorrealización personal, y el interés general como la suma de intereses particulares. Esto conlleva una alta dosis de individualismo” (“La generación perdida”: *Sal Terrae* 101 [2013] 446).

3 Es muy interesante al respecto ver la descripción que se hacía en el informe de la fundación Encuentro del año 2007 a propósito de la religiosidad de la sociedad española: cf. FUNDACIÓN ENCUENTRO, *Informe España 2007, una interpretación de su realidad social* (Madrid 2007), especialmente las páginas 40-41.

4 La Constitución *Gaudium et spes* afirma que “Dios no creó al hombre para vivir aisladamente, sino para formar una unión social” (GS 32) y cf. CCE 360-361.

sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa” (LG 9).

La salvación, la santificación y, consecuentemente, el proceso de conversión son acciones de naturaleza eminentemente eclesial: nos salvamos, nos santificamos y nos convertimos en tanto en cuanto nos incorporamos a la vida de la Iglesia, al Cuerpo de Cristo, al Pueblo Santo de Dios, pues es ella —la Iglesia— la que, por voluntad del Padre, ha sido enriquecida con los medios de salvación y santificación (cf. LG 14). Por tanto, solo si perseveramos y estamos en la Iglesia “con el cuerpo y con el corazón”, podremos tener parte en el misterio de la salvación (cf. LG 14), porque, como bien dijo San Cipriano: “Fuera de la Iglesia no hay salvación”⁵.

Así pues, en este artículo trataremos de exponer cómo la Iglesia, en su vida concreta, posibilita, acompaña, alienta y hace realidad la conversión de todos y de cada uno de los bautizados y de las comunidades que estos forman; al tiempo que ella misma es rejuvenecida y renovada sin cesar por la acción del Espíritu Santo, mientras dure su peregrinación por esta tierra y alcance, por la misericordia de Dios, la unión perfecta con su esposo (cf. LG 4).

I. EN LA INICIACIÓN CRISTIANA

En este artículo damos por supuesto todo lo relativo a la cuestión sobre la conversión inicial, que ha sido expuesto en el trabajo de Juan Carlos Carvajal Blanco (*La conversión inicial*) recogido en este mismo número de la revista. Comenzamos, por tanto, en ese momento del proceso evangelizador en el que la Iglesia, por medio de la catequesis de la Iniciación cristiana, trata de favorecer “un camino espiritual que provoque un cambio progresivo de actitudes y costumbres, hecho de renunciaciones y de luchas, y también de gozos que Dios concede sin medida” (DGC 56 c)⁶.

5 Carta LXXIII, 21. “La esposa de Cristo [...] nos conserva para Dios, ella destina para el reino a los hijos que ha engendrado [...] No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia como madre. Si pudo salvarse alguno fuera del arca de Noé, entonces lo podrá también quien estuviere fuera de la Iglesia. Nos lo advierte el Señor cuando dice: «Quien no está conmigo, está contra mí, y quien no recoge conmigo, desparrama» (Mt 12,30)” (SAN CIPRIANO, *De Catholicae Ecclesiae Unitate*, VI).

6 En este número el DGC cita a su vez AG 13 b.

Se trata de un camino que, por las razones ya expuestas, no cabe recorrerlo de manera aislada e individualista, sino como miembro de una comunidad local, pues es en ella y desde ella donde existe la Iglesia una, única y universal (cf. LG 23).

Comenzamos con el primer eslabón de esta cadena:

1. LA COMUNIDAD CRISTIANA REFERENCIA CONCRETA Y EJEMPLAR

Cada uno de los que han recibido el primer anuncio y, seducidos por Cristo, quieren conocerle y caminar por la vida como discípulos suyos, convirtiéndose de todo corazón a su Evangelio, en seguida deben ser acogidos en y por la Iglesia⁷. Porque, al igual que el óvulo fecundado para poder desarrollar la vida incipiente que se ha gestado, necesita anidar y arraigar en el útero materno, así también todo aquel que por la fe inicial ha comenzado su gestación a la vida nueva, debe quedar arraigado en el seno materno de la Iglesia incorporándose a una comunidad cristiana⁸; y en ella debe encontrar todo aquello que la nueva vida necesita para crecer y desarrollarse: la oración, la escucha de la Palabra y de las enseñanzas de los Apóstoles, la caridad fraterna y el pan compartido (cf. Hch 2,42)⁹. Sin todo ello, lo normal es que la gestación no llegue al alumbramiento y que la nueva vida se malogre.

Más aún, la comunidad cristiana no solo es quien acompaña y posibilita la conversión de catecúmenos y catequizandos, ella misma, al estar habitada por el Espíritu Santo y como muestra de ello, ha de vivir en un continuo proceso de conversión, de renovación y de rejuvenecimiento. En realidad el humus de la conversión personal no puede ser otro que una Iglesia —que unas comunidades cristianas— siempre en camino hacia la plenitud. O sea, unas comunidades cristianas —una Iglesia— reales, es decir, unas comunidades que, por estar en este mundo, nunca serán perfectas del todo, sino llenas de debilidades,

7 De hecho el RICA establece que, aunque "la recepción o admisión [al precatemenado] se ha de hacer sin ningún rito", sí es necesario que el simpatizante sea "saludado y recibido con palabras amistosas por algún sacerdote o por algún miembro de la comunidad digno y preparado" (RICA 12).

8 Cf. RICA 41,1. y 65,5.

9 De hecho, según el DGC, la comunidad cristiana está llamada a convertirse en "referencia concreta y ejemplar para el itinerario de fe de cada uno" (DGC 158) y ha de ser ese ambiente vital y permanente que hace posible el crecimiento de la fe.

de impurezas y de pecados¹⁰. Pero unas comunidades —una Iglesia (“trabazón visible” la llama el Concilio)— que son, por voluntad de Dios, “el instrumento vivo de salvación” (LG 8) del que “se sirve [el Señor] como instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra” (LG 9). Y, mientras dure su peregrinación por este mundo, “en medio de las tentaciones y tribulaciones” propias de la vida presente (cf. LG 9), la Iglesia “se siente fortalecida con la fuerza del Señor resucitado para poder superar con paciencia y amor todos los sufrimientos y dificultades, tanto interiores como exteriores, y revelar en el mundo el misterio de Cristo, aunque bajo sombras, sin embargo, con fidelidad hasta que al final se manifieste su plena luz” (LG 8).

Juan Pablo II habló muy claramente de la necesidad de “poner ante el mundo el ejemplo de comunidades” concretas. Comunidades “en las que la atención recíproca ayude a superar la soledad, y la comunicación contribuya a que todos se sientan corresponsables; en las que el perdón cicatrice las heridas, reforzando en cada uno el propósito de la comunión”. Comunidades, decía el Pontífice, que “encaucen las energías, sostengan la fidelidad y orienten el trabajo apostólico de todos hacia la única misión [...]. Su misma existencia representa una contribución a la nueva evangelización, puesto que muestran de manera fehaciente y concreta los frutos del *mandamiento nuevo*” (VC 45); ponen de manifiesto que realmente el evangelio puede hacer nuevas todas las cosas, también las relaciones humanas tantas veces dañadas gravemente por el egoísmo, el odio, la prepotencia, la envidia, el rencor, la maledicencia, las injurias, etc. Donde hay comunidades en las que realmente el amor vence al odio, el perdón a la venganza, la reconciliación a las divisiones, es más factible presentar el Sermón de la montaña y el camino de las bienaventuranzas como algo realmente posible.

10 Cf. la descripción que se hace de las comunidades de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea en los capítulos 2 y 3 del libro del Apocalipsis. También el apóstol Santiago denuncia cómo en su comunidad se da la acepción de personas (cf. St 2,1 y ss.), la murmuración (cf. St 3,1-12; 4,11), la ambición, la envidia y la rivalidad (cf. St 3,13-18) y las luchas internas y los conflictos (cf. St 4,1). Otro tanto podemos deducir de todas y cada una de las comunidades cristianas a las que escribió el apóstol san Pablo las cartas que de él conservamos.

2. INSTRUMENTOS QUE TIENE LA IGLESIA PARA ACOMPAÑAR EL PROCESO DE LA CONVERSIÓN DURANTE LA INICIACIÓN CRISTIANA

La vida de la Iglesia, la vida de cada una de las comunidades cristianas donde se insertan los simpatizantes y catecúmenos, es, pues, el principal instrumento del que el Señor se sirve para que los neoconvertidos emprendan un camino espiritual en el cual, participando ya por la fe del misterio de la muerte y resurrección de Cristo, pasen de la vieja condición humana a la nueva. Se trata de un camino que lleva consigo un cambio progresivo de sentimientos y costumbres, y que debe manifestarse en sus consecuencias sociales (cf. RICA 19,2).

Y para posibilitar, acompañar, favorecer y ayudar a perseverar en dicho cambio progresivo de sentimientos y costumbres, cambio en el modo de plantear la existencia y de caminar por ella, además de con la gracia de Dios¹¹, que actúa de manera misteriosa en el corazón de cada uno de los simpatizantes y catecúmenos que han descubierto la fe, la Iglesia cuenta con unos instrumentos que la tradición ha demostrado como muy valiosos y eficaces; son los siguientes:

A. Los escrutinios

¿Qué son?: Ritos para verificar cómo las mentes y los corazones de los que están siendo iniciados se van purificando e iluminando por el conocimiento más profundo de Cristo salvador (cf. RICA 25).

¿Para qué sirven?: La finalidad es primordialmente espiritual.

- Ayudar a discernir si los catecúmenos han ido madurando en las disposiciones de ánimo (mansedumbre, corazón magnánimo, fervor del espíritu, gozo de la esperanza —RICA 94 y 95—) manifestadas a su entrada en el Catecumenado (cf. RICA 19).
- Descubrir en los corazones de los elegidos lo que es débil, morboso o perverso para sanarlo (RICA 25,1). Rectificar la intención (RICA 154).
- Asegurar lo que es bueno, positivo y santo (RICA 25,1).

11 Decía el papa JUAN PABLO II: "Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, «no podemos hacer nada» (cf. Jn 15,5)" (NMI 38).

- Investigar los motivos de la conversión y, si es necesario, purificarlos (RICA 69).
- Conocer (cf. RICA 74): Las circunstancias concretas desde las que el candidato pide cada uno de los ritos; los sentimientos religiosos con que el aspirante inicia el itinerario espiritual; y las disposiciones del candidato para afrontar cada uno de los pasos.
- Completar la preparación espiritual y catequética (RICA 153).
- Purificar las almas y los corazones (RICA 154).
- Proteger contra las tentaciones (RICA 154).
- Mover la voluntad (RICA 154).

¿Quiénes deben hacer los escrutinios?: “De estas disposiciones deben juzgar los pastores con la ayuda de los padrinos de catecumenado (“sponsors”), catequistas y diáconos, según los indicios externos” (RICA 16). Los escrutinios se celebran por un sacerdote o por un diácono, al frente de la comunidad, para que de la liturgia de los escrutinios también se aprovechen espiritualmente los fieles, y para que intercedan en las súplicas por los elegidos (RICA 159).

B. Los exorcismos (cf. RICA 101)

Sirven para mostrar ante los ojos de los catecúmenos: La verdadera condición de la vida espiritual, la lucha entre la carne y el espíritu. La importancia de la renuncia para conseguir las bienaventuranzas del reino de Dios. Y la necesidad constante del divino auxilio.

C. Las bendiciones (cf. RICA 102)

Sirven para mostrar la caridad de Dios y la solicitud de la Iglesia. Con las bendiciones, los catecúmenos entenderán que la Iglesia trata de infundirles ánimo, gozo y paz para que puedan continuar adelante en su camino y, de este modo, sean capaces de perseverar en el esfuerzo necesario para seguir avanzando.

D. La unción pre-bautismal (cf. RICA 206-207)

Sirve para que el poder de Cristo fortalezca a los catecúmenos en su lucha contra el pecado y les ayude a perseverar en su camino de conversión.

Señor Dios, fuerza y defensa de tu pueblo, que has hecho del aceite un símbolo de vigor, dignate bendecir † este óleo y concede tu fortaleza a los catecúmenos que han de ser ungidos con él, para que, al aumentar en ellos el conocimiento de las realidades divinas y la valentía en el combate de la fe, vivan más hondamente el Evangelio de Cristo, y, admitidos entre tus hijos de adopción, gocen de la alegría de sentirse renacidos y de formar parte de tu Iglesia. Por Jesucristo nuestro Señor” (*Fórmula de la bendición del aceite de los catecúmenos*).

Conviene que todos estos elementos propios del Catecumenado Bautismal de Adultos, adaptados debidamente, estén presentes en los demás procesos de Iniciación cristiana, también el de los niños (cf. DGC 90).

II. EN LA VIDA DE FE DE LOS FIELES CRISTIANOS

Una madre no se limita a dar la vida, sino que con gran desvelo ayuda a sus hijos a crecer, los amamanta, los alimenta, les enseña el camino de la vida; los acompaña siempre con sus atenciones, con su cariño, con su amor, incluso cuando son mayores. Y en esto sabe también corregir, perdonar, comprender; sabe hacerse cercana en la enfermedad, en el sufrimiento. En una palabra, una buena madre ayuda a los hijos a salir de sí mismos, a no permanecer cómodamente bajo las alas maternas, como una nidada de polluelos bajo las alas de la clueca. La Iglesia, como buena madre que es, hace lo mismo: acompaña nuestro crecimiento transmitiendo la Palabra de Dios, que es una luz que nos indica el camino de la vida cristiana, y administrando los sacramentos. Nos alimenta con la eucaristía, nos trae el perdón de Dios a través del sacramento de la penitencia, nos sostiene en el momento de la enfermedad con la Unción de los enfermos. La Iglesia nos acompaña durante toda nuestra vida de fe, durante toda nuestra vida cristiana¹².

12. FRANCISCO, *La Iglesia, madre de los cristianos*. Audiencia general del 11 de septiembre de 2013: *Ecclesia* 3693 (2013) 1395.

Por importante, necesaria y decisiva que sea la conversión inicial, en tanto en cuanto es el cimiento y “pone las bases de la vida cristiana en los seguidores de Jesús” (DGC 69), sin embargo, no todo termina ahí; con la recepción de los sacramentos de la Iniciación cristiana, comienza el camino hacia la perfección a la que el Señor Jesús llama a todos sus discípulos: “sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48). “Por eso todos en la Iglesia, pertenezcan a la Jerarquía o sean regidos por ella, están llamados a la santidad” (LG 39).

Dicho camino —conviene recordarlo una vez más— los fieles cristianos no lo recorren ni solos ni aislados, sino como miembros del Pueblo Santo de Dios, del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Y es la Iglesia —“indefectiblemente santa” (LG 39)— la que, con su intercesión, con su ayuda, con su ejemplo, con la celebración de los sacramentos y con la proclamación constante de la Palabra, trata de favorecer y alentar el proceso permanente de conversión, sosteniendo y formando en la fe a sus hijos (cf. DGC 69).

Porque, aunque es verdad que los bautizados han sido radicalmente transformados y viven la vida de Dios¹³, es absolutamente necesario recordar dos cosas: La primera es que, dada la constitutiva historicidad humana, a los individuos y a las sociedades que éstos forman, a todo lo humano, en definitiva, “le es inherente el inacabamiento dentro de la historia, la autorrealización progresiva de su ser; por eso también el *agraciado* sigue siendo *homo viator*”¹⁴. De ahí que la gracia de la justificación recibida con los sacramentos de la Iniciación haya que conservarla y acrecentarla día a día; y así habrá de

13 Como recuerda el Concilio: “Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús [...] El bautismo y la fe los han hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos” (LG 40). “La observancia de la ley y la consecución de la salvación son posibles sólo mediante una operación divina que modifica la estructura psíquica humana, creando un espíritu nuevo y un corazón puro (Sal 51,12), canjeando el corazón de piedra por el corazón de carne (Ez 36,25-27), o merced a un nuevo nacimiento de lo alto, del agua y del Espíritu (Jn 3,3-7)”. (Juan Luis RUIZ DE LA PEÑA, *El don de Dios, antropología teológica especial* [Santander 1991] 317).

14 *Ibid.*, 389. “La vida en la gracia tiene un carácter dinámico, Dios nos invita constantemente a un crecimiento y a una intensificación de nuestra amistad con él. En toda vida se da un proceso y una transformación. En el caso que nosotros consideramos, el del cristiano que se ha insertado en Cristo por el bautismo y vive la vida de la gracia, este desarrollo ha de manifestarse normalmente en un progreso en la relación con Dios y con los hermanos. Pero no se excluye que se dé el caso contrario; en el ejercicio de su libertad, el hombre puede retroceder y llegar hasta la ruptura de la amistad con Dios. No podemos prescindir de esta posibilidad ni desconocerla, aunque en nuestra exposición nos centremos en el aspecto positivo; la justificación del hombre, en virtud del don del Espíritu que en ella se recibe, tiende por sí misma a llevarnos a la progresiva conformación con Jesús” (LUIS FRANCISCO LADARIA, *Teología del pecado original y de la gracia* [Madrid 1997] 283).

ser hasta que el bautizado llegue al fin de su peregrinación terrena y alcance la paz eterna.

La segunda es que el hombre justificado por la gracia, puesto que ha nacido con una inclinación hacia el mal, consecuencia del pecado original, experimenta que se ve atraído por diferentes tentaciones que le incitan a pecar. Con el auxilio de la gracia santificante que ha recibido por medio de los sacramentos y con la ayuda de las gracias actuales, que el Señor garantiza a sus hijos para que puedan superar las pruebas a las que se ven sometidos (cf. 1 Co 10,13), el fiel cristiano debe esforzarse constantemente por hacer el bien y resistir al mal. Como dice el apóstol san Pablo, es necesario ponerse “las armas de Dios, para poder afrontar las asechanzas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso, sino contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos. Por eso, tomad las armas de Dios para resistir en el día malo y manteneros firmes después de haber superado todas las pruebas” (Ef 6,11-13).

En realidad, la vida que se le ha dado al bautizado le ha sido concedida como germen, como semilla que tiene que crecer y desarrollarse hasta *dar fruto y fruto abundante para gloria de Dios* (cf. CCE 1231 y 1392¹⁵). Y dichos frutos se han de manifestar en todos los niveles de la existencia: En su vida interior de adoración y acogida de la voluntad divina, en su participación activa en la misión de la Iglesia, en su vida familiar; en el ejercicio de la vida profesional, en el desempeño de sus actividades laborales y sociales (ocio y tiempo libre).

El papa Juan Pablo II en la *Novo millennio inneunte*, dio pistas más que suficientes para que los bautizados se tomaran muy en serio el camino de la santidad, que aceptaron como propio el mismo día en que pidieron a la Iglesia el primero de los sacramentos¹⁶. También en el DGC encontramos señalados algunos de estos medios de los que se ha de servir el fiel cristiano para perseverar en el camino constante de conversión al que está llamado y dar fruto y fruto en abundancia¹⁷. Medios con los que la Iglesia ejerce su vocación de madre en la fe de todos sus hijos.

15 CCE 1231 habla del “necesario desarrollo de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona”.

16 Nos referimos en concreto al capítulo III de dicha carta apostólica, números 29 a 41.

17 Cf. DGC 56 y 57.

1. LAS AYUDAS QUE RECIBEN LOS FIELES-CRISTIANOS QUE LLAMAMOS “PRACTICANTES”

Como decía el papa Pablo VI: “la Iglesia no se siente dispensada de prestar una atención infatigable hacia aquellos que han recibido la fe y que, a veces desde hace muchas generaciones permanecen en contacto con el Evangelio. Trata así de profundizar, consolidar, alimentar, hacer cada vez más madura la fe de aquellos que se llaman ya fieles o creyentes, a fin de que lo sean cada vez más. Esta fe está casi siempre enfrentada al secularismo, es decir, a un ateísmo militante; es una fe expuesta a pruebas y amenazas, más aún, una fe asediada y combatida. Corre el riesgo de morir por asfixia o por inanición, si no se la alimenta y sostiene cada día. Por tanto evangelizar debe ser, con frecuencia, comunicar a la fe de los fieles —particularmente mediante una catequesis llena de savia evangélica y con un lenguaje adaptado a los tiempos y a las personas— este alimento y este apoyo necesarios” (EN 54).

La necesidad, pues, de sostener cada día a los fieles cristianos en la fe que ha de ganar en profundidad y solidez, que ha de ser alimentada y fortalecida constantemente y que ha de madurar y perseverar en medio de tantas luchas y peligros, es lo que justifica que se hable de una catequesis y de una acción pastoral permanente por parte de la Iglesia para con cada uno de sus hijos y de las comunidades cristianas que éstos forman¹⁸.

Estos son los principales medios de los que la Iglesia se sirve para posibilitar ese proceso continuo de conversión tanto de los bautizados como de las comunidades cristianas en las que los fieles cristianos han de vivir su fe:

A. El alimento de los sacramentos

El concilio Vaticano II afirmó con toda rotundidad que “toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia” (SC 7). Con razón, el beato Juan Pablo II, a la hora de plantear lo que podríamos llamar el gran plan de pastoral para el nuevo milenio, defendió que “el mayor empeño se debe

¹⁸ “La educación permanente de la fe se dirige no solo a cada cristiano, para acompañarle en su camino hacia la santidad, sino también a la comunidad cristiana como tal, para que vaya madurando tanto en su vida interna de amor a Dios y de amor fraterno, cuanto en su apertura al mundo como comunidad misionera” (DGC 70).

poner en la liturgia, [...] dando un realce particular a la *Eucaristía dominical* y al *domingo* mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana” (NMI 35).

Junto con la Eucaristía, el entonces Papa ponía un especial interés en la práctica del sacramento de la Reconciliación. Invitaba de hecho a que las comunidades cristianas aprendieran a proponer de manera convincente y eficaz la celebración de este sacramento¹⁹.

Y más recientemente el papa Benedicto XVI en uno de sus discursos dirigidos a los participantes en el curso de la Penitenciaría apostólica sobre el fuero interno les decía:

¿En qué sentido la Confesión sacramental es “camino” para la nueva evangelización? Ante todo porque la nueva evangelización saca linfa vital de la santidad de los hijos de la Iglesia, del camino cotidiano de conversión personal y comunitaria para conformarse cada vez más profundamente a Cristo. Y existe un vínculo estrecho entre santidad y sacramento de la Reconciliación, testimoniado por todos los santos de la historia. La conversión real del corazón, que es abrirse a la acción transformadora y renovadora de Dios, es el “motor” de toda reforma y se traduce en una verdadera fuerza evangelizadora. En la Confesión el pecador arrepentido, por la acción gratuita de la misericordia divina, es justificado, perdonado y santificado; abandona el hombre viejo para revestirse del hombre nuevo. Sólo quien se ha dejado renovar profundamente por la gracia divina puede llevar en sí mismo, y por lo tanto anunciar, la novedad del Evangelio²⁰.

B. La escucha de la Palabra

Por la Palabra de Dios el cristiano es iluminado en el conocimiento de sus pecados y es llamado a la conversión y a la confianza en la misericordia de Dios (*Ritual de la Penitencia, Prænotanda*, 17).

La Palabra de Dios que interpela nuestra vida y la llama constantemente a la conversión es una sola (BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 39).

19 Cf. NMI 37.

20 Discurso pronunciado el 9 de marzo de 2012.

La lectura de la Palabra de Dios nos ayuda en el camino de penitencia y conversión (BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 87).

Es fácil constatar, como lo hacía el papa Juan Pablo II en su carta apostólica *Novo millennio inenunte*, que “tanto las personas individualmente como las comunidades recurren ya en gran número a la Escritura, y entre los laicos mismos son muchos quienes se dedican a ella con la valiosa ayuda de estudios teológicos y bíblicos” (NMI 39). Gracias a ello, “se está revitalizando principalmente la tarea de la evangelización y la catequesis” (NMI 39). Sin embargo, no conviene bajar la guardia en ningún momento; y hace falta, más bien, consolidar y profundizar esta orientación. Para ello el papa Wojtyła, además de plantear, entre otras cosas, la difusión de la Biblia en las familias, hablaba de la necesidad de que *la escucha de la Palabra* se convierta en un encuentro vital con quien es La Palabra. Y para ello se atrevía a proponer, concretamente, “la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia” (NMI 39).

C. La oración

Para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el *arte de la oración* (NMI 32).

La Nueva Evangelización exige que volvamos a aprender de nuevo el arte de la oración. Así pues, como aquellos primeros discípulos, desde la circunstancia presente que nos toca vivir en el arranque del nuevo milenio, nos hemos de atrever a proponerle al divino Maestro que nos enseñe a orar (cf. Lc 11,1). Porque solo en la oración es donde experimentamos esa intimidad que Jesús quiso tener con los suyos; intimidad en la que el Maestro nos abre su corazón traspasado y nos introduce en sus secretos, esos que solo revela a los amigos y no a los de fuera²¹. Así es como Jesús, dándonos su Espíritu, nos revela al Padre y se nos muestra Él como el Hijo único y muy amado. Y, al contemplarnos cada uno de nosotros y nuestras comunidades formando parte del amor trinitario, es como mejor podemos experimentar lo que real-

21 Cf. Mc 4,11; Jn 15,15.

mente somos y barruntar mínimamente la suerte a la que hemos sido destinados. Y, desde esta confianza, es como podemos sacar fuerzas para perseverar en el camino de la conversión comenzado con el bautismo y luchar contra todo aquello que es contrario al nombre de “cristiano”.

La oración, por tanto, se nos presenta como una de las principales armas en el camino de la conversión del fiel cristiano, pero, al mismo tiempo, es necesario reconocer y estar dispuesto a aceptar el combate propio de la oración, pues la oración no está exenta de dificultades, de tentaciones y de engaños²². En realidad, la oración es un camino que la espiritualidad más clásica describe como en tres etapas: la vía purgativa, la vía iluminativa y la vía unitiva²³. Y merece la pena afrontar con decisión las dolorosas purificaciones, *las respectivas noches oscuras*, para llegar al indecible gozo vivido por los místicos como *unión sponsal*.

Se trata de un camino, lo recordamos una vez más, que, aunque sea de naturaleza íntimamente personal, sin embargo debe estar sostenido por la Iglesia, por todas y cada una de las comunidades cristianas, que deben convertirse en “*auténticas escuelas de oración*”, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el “arrebato del corazón”. Una oración intensa que, sin embargo, no aparte del compromiso con la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios” (NMI 32).

D. El ejercicio de la caridad

Muchas cosas serán necesarias para el camino histórico de la Iglesia también este nuevo siglo; pero si faltara la caridad (*ágape*), todo sería inútil (NMI 42).

No hay verdadera conversión que no se traduzca en obras de caridad y éstas pueden interpretarse como un termómetro fidedigno con el que poder

22 Cf. CCE 2725-2751.

23 PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *De Coelesti Hierarchia*, 7,3 (PG 3, 210); SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, capítulos 11 a 21 y *Camino de perfección*, capítulos 16 a 38.

comprobar que la vida nueva recibida con el bautismo crece y se desarrolla, y va dando frutos para gloria de Dios y bien de los hombres.

Podemos hablar del ejercicio de la caridad desde dos dimensiones o perspectivas: dentro y fuera de la Iglesia. Los fieles cristianos, dentro de la Iglesia, están llamados a vivir en un continuo crecimiento en la llamada espiritualidad de comunión, tal y como propuso el concilio Vaticano II. Y con los de fuera los fieles cristianos han de crecer en una continua conversión de servicio a todos. Así lo proponía Juan Pablo II en la *Novo millennio ineunte*:

- *Dentro de la Iglesia: una espiritualidad de comunión*

Hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como *uno que me pertenece*, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un *don para mí*, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber *dar espacio* al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga 6,2*) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento (NMI 43).

- *Con los de fuera: una espiritualidad de servicio “universal”*

A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por su propia naturaleza al servicio universal, proyectándonos *hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano*. Éste es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse (cf. *Mt 25,35-36*). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia (NMI 49).

Se trata de continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva “imaginación de la caridad”, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno. Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como “en su casa”. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras (NMI 50).

E. La educación permanente de la fe

La educación permanente de la fe es posterior a su educación básica y la supone. Ambas actualizan dos funciones del ministerio de la

Palabra, distintas y complementarias, al servicio del proceso permanente de conversión (DGC 69).

Los medios que tiene la Iglesia para asegurar una educación permanente en la fe de los fieles cristianos son:

- *La homilía* tiene un lugar privilegiado, ya que “vuelve a recorrer el itinerario de fe propuesto por la catequesis y lo conduce a su perfeccionamiento natural; al mismo tiempo impulsa a los discípulos del Señor a emprender cada día su itinerario espiritual en la verdad, la adoración y la acción de gracias” (CT 48; citado por DGC 70. Cf. *Verbum Domini*, 49-50).
- *El estudio y profundización de la Sagrada Escritura* leída no sólo en la Iglesia, sino con la Iglesia y su fe siempre viva (DGC 71).
- *La lectura cristiana de los acontecimientos*, que viene exigida por la vocación misionera de la comunidad cristiana (DGC 71).
- *La catequesis litúrgica*, que prepara a los sacramentos y favorece una comprensión y vivencia más profundas de la liturgia (DGC 71).
- *La catequesis ocasional* que, ante determinadas circunstancias de la vida personal, familiar, eclesial y social, trata de ayudar a interpretarlas y vivirlas desde la fe (DGC 71).
- *Las iniciativas de formación espiritual*, que fortalecen las convicciones, descubren nuevas perspectivas y hacen perseverar en la oración y en los compromisos del seguimiento de Cristo (DGC 71).
- *La profundización sistemática del mensaje cristiano*, por medio de una enseñanza teológica que eduque realmente en la fe, haga crecer en la inteligencia de la misma y capacite al cristiano para dar razón de su esperanza en el mundo actual (DGC 71).

F. La misión

¡La fe crece dándola! (JUAN PABLO II, *Redemptoris misio*, 2).

(La) acción misionera [...] no podrá ser delegada a unos pocos “especialistas”, sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos (NMI 40).

Si las obras de caridad, dentro y fuera de la Iglesia, son el termómetro y sirven para comprobar que un fiel cristiano y su comunidad van avanzando en el camino de la conversión, sin duda otro tanto se puede decir de la misión.

Todo fiel cristiano —y con él toda la comunidad cristiana a la que pertenece— si se siente empujado a anunciar el evangelio es porque ha experimentado lo bueno que es el Señor. Y es el encuentro con el Señor de la vida y de la felicidad eterna lo que convierte a una persona —y a una comunidad— en testigo, que no puede por menos que anunciar lo que ha visto y oído²⁴. Si falta esto (si no hay espíritu y vida misionera) quiere decir que la conversión no es auténtica. De hecho, la Iglesia —y con ella cada uno de los fieles cristianos— no son enviados a la misión cuando ya están convertidos del todo, sino desde el momento mismo en que se sienten atraídos por Jesús y han estado con él²⁵; y la Iglesia llama a todos los hombres a la conversión, porque ella misma se siente necesitada, en sus miembros, de una conversión constante (cf. LG 8). El propio proceso de conversión eclesial (y de cada uno de los fieles cristianos) se convierte así en misión; y la misión en un motivo constante para que la Iglesia busque la conversión de sus miembros.

G. La dirección espiritual

Sabemos que todo lo humano exige su procesualidad y su gradualidad, al tiempo que respeto a la singularidad de cada uno de los individuos. Por eso conviene que el camino de la conversión, el camino a la santidad, se sepa proponer con sus respectivas etapas y adaptado a cada sujeto, a cada persona. No olvidemos que el Concilio, cuando habló de la vocación *universal* a la santidad, no se olvidó de señalar que, aunque la santidad sea *una*, “sin embargo, cada uno, según sus dones y funciones, debe avanzar con decisión por el camino de la fe viva, que suscita esperanza y se traduce en obras de amor” (LG 41). O, en palabras del beato Juan Pablo II: “los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno” (NMI 30)²⁶.

24 Cf. Hch 4,20; 22,14-15; 1 Jn 1,1-3.

25 Cf. Jn 1,37-51; 4,28-30.

26 “El sentido vivo de la personalidad humana como algo original e irreplicable elimina en principio los esquemas demasiado concretos, que no tienen en cuenta los diversos ritmos de maduración. El itinerario espiritual habrá de tener un carácter fluido y orientador, que se compagine con la variedad de recorridos personales y atienda a las opciones de base” (STEFANO DE FIORES, “Itinerario espiritual”, en *Id.* – TULLIO GOFFI [Dirs.], *Nuevo diccionario de espiritualidad* [Madrid 1983] 743).

Es, pues, necesario saber ofrecer y acompañar procesos personalizados y concretos de conversión²⁷. He aquí uno de los grandes retos que se le plantea a la pastoral de la Iglesia para el tercer milenio.

Al proponer la dirección o el acompañamiento espiritual como necesario para asegurar un proceso de conversión continua en la vida de los bautizados, no queremos sino “redescubrir un servicio que la Iglesia ofreció durante siglos enteros al hombre en su camino de fe, en la consecución de su identidad cristiana, en su aspiración a todas las posibles formas de santidad permitidas a los diversos grupos de la comunidad eclesial”²⁸. O, en palabras del papa Pablo VI, convendría “no olvidar esa forma de anunciar [el evangelio] que llega a la conciencia personal del hombre y deja en ella el influjo de una palabra verdaderamente extraordinaria que recibe de otro hombre” (EN 46).

Es, pues, necesario que todo fiel reconozca lo peligroso que es para la vida cristiana en general y para la vida espiritual en particular la tentación de caminar solo y aislado, sin comunicar ni contrastar con nadie lo que sucede en su interior; “ya que la vida interior del hombre es compleja, y éste, por error, puede considerar como una manifestación de lo absoluto o de Cristo, algo que, de hecho, no es más que fruto de una elaboración subjetiva”²⁹, cuando no, simple y llanamente, engaño del mal espíritu, que “se comporta como vano enamorado en querer mantenerse secreto y no ser descubierto; porque así como el hombre vano, que hablando con mala intención requiere a una hija de buen padre o a una mujer de buen marido, quiere que sus palabras e insinuaciones estén secretas; y lo contrario le disgusta mucho, cuando la hija al padre o la mujer al marido le descubre sus vanas palabras e intención pervertida. Porque, cuando el enemigo de la naturaleza humana presenta sus astucias e insinuaciones al alma justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; pero le pesa mucho cuando el alma las descubre a su buen confesor o a otra persona espiritual que conozca sus engaños y malicia; porque deduce que, al descubrirse sus engaños manifiestos, no podrá salir con el mal-

27 “La propuesta que se haga de la vida cristiana debe ser muy concreta. Ponemos delante este hecho: la pastoral vocacional nos está demostrando que para suscitar vocaciones no es suficiente con presentar los planteamientos globales del ser cristiano ni los criterios generales de su comportamiento: se necesita la propuesta de un seguimiento concreto” (SATURNINO GAMARRA, *Teología espiritual* [Madrid 1997] 204).

28 “Padre espiritual”, en *Nuevo diccionario de espiritualidad*, 1047.

29 KARL VLADIMIR TRUHLAR, “Discernimento degli spiriti”, en: *Id.* (dir), *Lessico di Spiritualità*, (Brescia 1973) 190.

vado plan que había comenzado”³⁰. De ahí la necesidad del discernimiento y de una buena ayuda para no caer en nuestros propios engaños y en los engaños del Enemigo, si de verdad buscamos progresar en el camino de la conversión.

En función de todo ello, una tarea importante de todo fiel cristiano es la de buscar y procurarse una persona que realmente le pueda ayudar en su camino de fe. Conviene asimismo que le dé un voto de confianza y que tenga el firme propósito de escucharle y de seguir sus consejos; aunque nada de todo ello le privará de la responsabilidad de actuar en todo momento y circunstancia siguiendo la voz de su conciencia; una conciencia que se ha dejado iluminar y acompañar por un hermano, un hombre o una mujer, *agraciado* con el don o el carisma del discernimiento, además de con la ciencia y la experiencia suficientes para poder ayudar y acompañar a otros en su vida espiritual³¹.

Por último, es necesario señalar que, para que la dirección espiritual sea verdaderamente eficaz, por parte del dirigido es imprescindible *la prontitud para el cambio*. Quien se somete a un discernimiento es porque está dispuesto a dejarse iluminar por la palabra de Dios, quiere conocer su voluntad y abrazarla; lo cual significará, en muchas ocasiones, que su vida, sus actitudes, sus hábitos, sus relaciones, su modo de pensar y valorar, etc., tendrán que cambiar y a veces cambiar radicalmente. Renunciar al cambio es cerrarse a la novedad del Espíritu.

30 SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 326. Manuel Ruiz Jurado comenta al respecto de esta cuestión: “La enseñanza es clara y en consonancia con la tradición de los padres del desierto y de toda la tradición espiritual cristiana: es necesario ser claro y transparente ante el padre espiritual, maestro o ayuda competente, para no ser engañados por las seducciones del enemigo, para aprender el discernimiento de sus falacias y sugerencias. La misma experiencia enseña cómo a veces basta tan solo con haber manifestado la tentación para que su fuerza desaparezca. Basta solo abrirla a la luz, para que se descubra lo que es y deje de tener peso o potencia perturbadora” (MANUEL RUIZ JURADO, *El discernimiento espiritual* [Madrid 1994] 237-238).

31 Andrea Mercatali describía así al director espiritual: “una persona que sepa asociar a la competencia en los problemas espirituales la capacidad de comunicarse con otras personas, de intuir y leer las situaciones interiores, a veces oscuras para los mismos sujetos que se le confían” (A. MERCATALI, “Padre espiritual”, en *Nuevo diccionario de espiritualidad*, 1047). Y también, aquel “que aconseja, pero sobre la base de la realidad que ha sabido intuir y leer en las personas que se le confían; que orienta con su ciencia y su experiencia por los caminos auténticos de Dios; que utiliza la palabra como expresión y mensaje de su participación personal, afectuosa, respetuosa de las situaciones y de las exigencias de quien solicita «aquella palabra»” (*Ibid.*, 1052).

2. CON LOS NO-PRACTICANTES

Toda una muchedumbre, hoy día muy numerosa, de bautizados que, en gran medida, no han renegado formalmente de su bautismo, están, sin embargo, totalmente al margen del mismo y no lo viven. El fenómeno de los no practicantes es muy viejo en la historia del cristianismo [...] Sin embargo, hoy día presenta aspectos nuevos. Se explica muchas veces por el desarraigo típico de nuestra época. Nace también del hecho de que los cristianos se aproximan hoy a los no creyentes y reciben constantemente el influjo de la incredulidad. Por otra parte, los no practicantes contemporáneos, más que los de otras épocas tratan de explicar y justificar su posición en nombre de una religión interior, de una autonomía o de una autenticidad personal.

[Los no creyentes, por lo general, oponen a la evangelización] la resistencia de la inercia, la actitud un poco hostil de alguien que se siente como de casa, que dice saberlo todo, haber probado todo y ya no cree en nada. La acción evangelizadora de la Iglesia [...] debe buscar constantemente los medios y el lenguaje adecuados para proponerles la revelación de Dios y la fe en Jesucristo (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 56).

Para plantear este punto de cómo afrontar y abordar el problema de la conversión de los fieles cristianos alejados, me limito a resumir —por su concreción y operatividad— lo que don Antonio María Rouco Varela propuso como orientaciones pastorales para la archidiócesis de Madrid, a los pocos años de comenzar su ministerio pastoral en ella³².

A. Pistas operativas

Una pastoral personalizada que permita el discernimiento de las diferentes situaciones de fe.

La Iglesia emplea el método del diálogo para llevar mejor a los hombres —a los que por el bautismo y la profesión de fe se consideran miem-

32 ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA, *Acogida y acompañamiento de los alejados que se acercan a la Iglesia con motivo de los sacramentos* (Madrid 1997).

bros de la comunidad cristiana y a los que son ajenos a ella— a la conversión y a la penitencia por el camino de una renovación profunda de la propia conciencia y vida, a la luz del misterio de la redención y la salvación realizada por Cristo y confiada al ministerio de su Iglesia. El diálogo auténtico, por consiguiente, está encaminado ante todo a la regeneración de cada uno a través de la conversión interior y la penitencia, y debe hacerse con un profundo respeto a las conciencias y con la paciencia y la gradualidad indispensables en las condiciones de los hombres de nuestra época (JUAN PABLO II, *Reconciliatio et poenitentia* 25).

La actitud de la comunidad cristiana y de quien la representa no pretende ser la de quien posee la respuesta a todos los interrogantes, sino la de quien presta atención al otro, siente como propios sus problemas y se sitúa en un camino de búsqueda común y está en situación de ofrecer aquello que es su tesoro: el amor, la salvación de Dios que ha conocido y recibido en Jesucristo.

Acompañar en la fe es respetar a la persona y sus ritmos de descubrimiento, ofrecer el testimonio de la fe que hemos recibido como don, expresar y comunicar el mensaje de salvación, orar por ella, alentarla en el camino de la conversión³³.

Algunas sugerencias:

- “Aun en el caso de que la petición o las preguntas de quienes se acercan se planteen en el terreno de lo puramente externo (organización, horarios, materialidad de los ritos, requisitos necesarios, etc.), al acogerlos, sin despreciar esas cuestiones, debemos ir orientando la conversación hacia el terreno de la experiencia personal”³⁴.
- “Quienes en nombre de la comunidad acogen a los que vienen, han de ayudar a que aflore y se exprese el significado profundo del acontecimiento. Este diálogo favorece la toma de conciencia de lo que se está viviendo, descubriendo la posibilidad de vivirlo enriquecidos por el acontecimiento, y evitando vivirlo superficialmente, como si no pasara nada”³⁵.

³³ *Ibid.*, 23-24.

³⁴ *Ibid.*, 24.

³⁵ *Ibid.*, 25.

- “Los que acogen, no examinan, sino que dialogan, aportando en el diálogo su propia experiencia: cómo viven ellos mismos circunstancias o acontecimientos análogos y encuentran en el Evangelio la luz que les permite entenderlos y vivirlos de un modo nuevo, más profundo y más humano. Harán bien en ayudarse de algún pasaje bíblico que les sirva para expresarse mejor”³⁶.
- “La Buena Noticia puede presentarse no necesariamente ni en primer lugar mediante un desarrollo doctrinal, sino a través del relato de la experiencia cristiana del que habla y, sobre todo, de la experiencia de la Iglesia, a la que pertenece”³⁷.
- “El testimonio cristiano, ofrecido a lo largo de la entrevista o la reunión, no deja de ser una interpelación que plantea o hace repensar el sentido de la propia vida”³⁸.
- “Si en el transcurso de la conversación se mantienen las actitudes de apertura y escucha, no sería imposible descubrir cómo el interlocutor se siente dinamizado y atraído hacia una plenitud de vida que la propia inconsistencia no le permite alcanzar y que, por tanto, sólo podría recibir como un don; no sería imposible que percibiese una llamada que llega desde más allá de uno mismo, invitando a la confianza total. El testimonio de los que acogen —es decir, el relato de su experiencia de fe y las razones de su esperanza— puede favorecer el reconocimiento de la benevolencia de Dios en los acontecimientos de su vida”³⁹.
- “La conversión, si se concede esa gracia, afectará a toda la persona (inteligencia, voluntad, afectividad y capacidad de crear y transformar) y cuanto la persona es y tiene quedará implicado en el acto de confianza en Dios y en la entrega a Él y a su voluntad”⁴⁰.

Una pastoral diversificada que proponga diferentes itinerarios de fe

La nueva evangelización pone hoy en día a “las comunidades cristianas frente a la obligación de discernir, y después adoptar, nuevos estilos

36 *Ibid.*

37 *Ibid.*

38 *Ibid.*, 25-26.

39 *Ibid.*, 26.

40 *Ibid.*

de acción pastoral”. Los tiempos actuales “no consienten la elaboración de respuestas únicas y uniformes”. “Esos ejercicios de discernimiento actualmente en acto, han de servir para que la Iglesia encuentre energías para entusiasmar nuevamente a aquellos sujetos y aquellas comunidades que muestran signos de cansancio y resignación. El futuro rostro de nuestras comunidades depende mucho de las energías invertidas en esta acción pastoral, y de las iniciativas concretas propuestas y realizadas en vista de una reconsideración y de un nuevo lanzamiento de dicha acción pastoral (SINODO DE LOS OBISPOS, *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Lineamenta*, 18). La denominación global de *alejados que se acercan a la Iglesia con ocasión de un sacramento* suele encerrar, como hemos visto, situaciones personales de fe bastante diferentes (*creyentes débiles* —aquellos en quienes no hay un rechazo real y consciente de la fe—; *no creyentes* —aquellos en quienes sí hay ese rechazo—; y *creyentes en situación canónica irregular*). Por ello, se hace necesario prestar atención a cada una de las personas para tratar de descubrir cuál es su necesidad. Siempre se ha de tener en cuenta que las situaciones suelen ser complejas, y que las fronteras entre una y otra situación no están muchas veces suficientemente claras o delimitadas⁴¹.

Pero, básicamente, estas podrían ser las ofertas fundamentales, según la necesidad y la situación de los alejados con los que nos encontramos:

- *Un primer anuncio del evangelio y un acompañamiento para despertar la fe*⁴²: A quienes no intuyen o no han descubierto que su realización personal verdadera o salvación —la que trasciende el tiempo y se consuma en la vida eterna— les viene de Dios, a través de Jesucristo. A quienes no sienten en su interior la llamada de Dios a una vida nueva. A quienes no ofrecen signos de una adhesión global al Evangelio de Jesús. A quienes no muestran deseos de conocer y seguir a Jesús e incorporarse a la comunidad de sus seguidores. A quienes no intuyen ni aceptan que esto puede suponer un cambio importante y decisivo en su vida.

⁴¹ *Ibid.*, 27-28.

⁴² *Ibid.*, 28.

- *Una catequesis que introduzca en la globalidad de la vida cristiana.* En estos casos es necesaria una oferta pastoral sistemática, de alguna manera institucionalizada, que responda satisfactoriamente a las distintas situaciones de fe de quienes se acercan a la Iglesia⁴³: A los cristianos que nunca han seguido un proceso de formación orgánico (estructura básica de la fe), sistemático (no improvisado) e integral (que cultiva todas las dimensiones de la fe: adhesión, conocimiento, oración, liturgia, actitudes evangélicas, compromiso evangelizador, sentido comunitario...). A los cristianos que viven alejados temporalmente de la fe, de la Iglesia o de la práctica religiosa por crisis o situaciones de vida. A estos es preciso ofertarles una formación más intensa (jornadas, cursillos, ejercicios ...) que les ayude a recuperar la “forma” en su vida cristiana⁴⁴ u otro tipo de ayuda y atención espiritual⁴⁵.

B. Momentos que se han de aprovechar⁴⁶

Básicamente se pueden resumir en los siguientes:

- Acogida y acompañamiento a los padres y padrinos de los niños que se van a bautizar.
- Acogida y acompañamiento a los padres y padrinos de los niños que están en procesos de Iniciación cristiana.
- Acogida y acompañamiento a los novios para preparar la celebración del matrimonio.
- Celebración de las exequias cristianas.
- Otros acontecimientos personales, sociales, laborales o familiares, que pongan en contacto a los *no-practicantes* con la comunidad cristiana.

43 *Ibid.*, 28-29.

44 *Ibid.*, 27.

45 *Ibid.*

46 *Ibid.*, 33-66.

III. CONCLUSIÓN

Son, pues, muchos y muy abundantes los medios con que la Iglesia trata de mover a sus hijos, los fieles cristianos, a la conversión. Lo hace, como decía el Concilio, sobre todo “con su amor, su ejemplo y sus oraciones” (LG 11), y todo lo demás es derivación de ello.

La Nueva Evangelización apunta a que la Iglesia se tome en serio su vida y su misión como un camino continuo de renovación y de rejuvenecimiento, de conversión; y, en comunión con ella (con la Iglesia), como fieles hijos, los cristianos han de escuchar activamente la llamada a la perfección a la que el Señor les llama por medio del evangelio y, por tanto, han de querer estar en una actitud constante de lucha y de combate: de conversión, para no dejarse vencer por el pecado ni por sus asechanzas.

Conscientes de que tanto las comunidades cristianas como cada uno de los fieles necesita medios distintos para su propia situación, es importante discernir lo que más conviene en cada caso. De ahí que para favorecer verdaderos procesos de conversión, la Nueva Evangelización exija la necesidad de ofrecer una pastoral diferenciada y adecuada en la que no caben respuestas únicas y uniformes; sino una voluntad decidida de hacer llegar al corazón del hombre, de todo hombre mirado en su singularidad, la llamada con la que Jesús comenzó su vida pública: *Convertíos y creed en el evangelio* (Mc 1,15).